

Entrevista al profesor Ítalo Fuentes Bardelli: Reflexiones sobre la cultura, poética y espiritualidad medieval. Historia, memoria, taller y oficio.

“Así, diría que la historia para mí, en esa primera etapa, fue cuerpo, voz, melodía de palabras; por eso la historia para mí ha sido fundamentalmente docencia. Junto con ello, el culto a los libros, la lectura y la escritura que me gusta y apasiona. Pero la parte más notable del ejercicio histórico para mí siempre ha sido la palabra oral, la palabra expuesta, por lo tanto, la clase. En gran medida uno aprende de ella, la clase dialogante, cambiante, ondulante. Hacerse la trampa de preparar una clase pero realizarla al revés y comenzar a descubrir la palabra, el significante, el juego, que mucho de nosotros usamos. Decirse: bueno voy a empezar a hablar, y de aquí tiene que salir algo donde el alumno note que al mismo tiempo estamos hablando y pensando, por lo mismo, descubriendo”.



Ítalo Fuentes Bardelli es Bachiller, Licenciado y Profesor en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Magíster en Historia de la Universidad de Chile. Ex Director del Departamento de Historia y Geografía de la UMCE. Fundador del grupo de música y teatro medieval Calenda Maia. Su labor docente se enmarca en el área de Historia Medieval y Moderna e Historia de la Historiografía. Su especialidad es la Historia Cultural de la época medieval. En su trabajo analiza las representaciones simbólicas presentes en la Edad Media, especialmente a través de la música, el discurso historiográfico y la escritura femenina.

Por Mauricio Rivera Arce*

* Mauricio Rivera Arce es Estudiante de Magíster en Historia en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Licenciado en Educación con mención en Historia y Profesor en Historia, Geografía y Educación Cívica por la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE).

En la elaboración de preguntas, edición y transcripción participaron Leonardo Carrera Airola, Grace Farías Milla, Alejandro Orellana Ceballos y Paz Vásquez Gibson.

Comencemos por delinear su recorrido como historiador de la Edad Media. En un primer sentido, ¿qué lo anima a estudiar Historia?

Hubo algunos motivos para estudiar historia: el haber tenido un notable profesor de historia y otro notable profesor de Cultura Italiana en el colegio. Estudié en la Scuola Italiana de Valparaíso y el curso de historia me lo hizo un gran profesor, laico y radical, Jorge Armijo Riquelme. Era el tradicional profesor de esos tiempos, muy liberado del ámbito curricular y todas esas cosas actuales. Exponía en la sala representando como drama la historia, con una retórica impecable. Un republicano de viejo cuño. Teníamos salas que miraban hacia el mar en los últimos pisos del edificio de la Scuola y él, normalmente, se inspiraba mirando hacia el horizonte de la costa y el mar, dando profundas bocanadas a su cigarro, y nos planteaba escenas históricas notables. Aquello me marcó mucho en la dimensión del relato, la historia como vida narrada. Luego Aldo Colombo, profesor de cultura italiana, quien entraba a la sala fumando pipa –cosa que hoy día sería imposible - un profesor con cierta sofisticación. Vestía, lo que hoy se dice, “bien” y tenía todo un estilo. Lo más decisivo: amante de la literatura: recitaba, casi cantando, la *Divina Comedia*, la decía con su ritmo y melodía originarios. Luego, nos hacía dibujar y, también, recitar las escenas de ese infierno que nos marcó “a fuego”: *Nell’mezzo del cammin di nostra vita...*

Entonces, ahí me animé y me enamoré de las voces y las figuras de seres humanos que disfrutaban con la cultura creativa. Me atrajo la idea del estudio de la cultura como un modo de vida. Ellos somatizaban esa dimensión, estaban instalados ahí, la docencia era escena y gesto. Entonces me incliné por el gusto en el relato y la palabra; la palabra gozosa y crítica, analítica e interpretativa.

Pues bien, egresado de cuarto medio postulé a la Universidad Católica de Valparaíso. Allí, encontré a un gran profesor que era equivalente a los anteriores, quizás más sutil, con esa dedicación que le permitía la universidad: un hombre de barbas blancas, que en ese tiempo debe haber tenido 48 años, algo así: don Héctor Herrera Cajas.

Recuerdo su ingreso a la sala de primer año que a todos nos sorprendió. Quedé asombrado con este profesor que hacía de la clase un arte. Piensa que, don Héctor, desde su posición de hombre conservador y tradicionalista, con un cierto sentido nacional en su pensamiento político, atraía a un alumnado muy diverso. Una buena parte – no todos - de sus ayudantes habían sido más bien de izquierda: Carmen Castillo, Gabriel Salazar,

Eduardo Cavieres, y entonces uno se puede preguntar: ¿Qué atraía de este profesor? No era, ni necesariamente, ni precisamente, su parte política que la asumía muy noblemente, sino era ver en escena a un maestro de la palabra; y más que el relato, que lo tenía, era maestro de la clase interpretativa. Su pasión era la hermenéutica filológica, iconográfica y simbólica. Sentíamos que estaba descifrando allí, frente a nosotros, pensando en presente, problemáticas suscitadas en la clase.

Entonces, para volver tu pregunta, la razón fundamental, creo, fue la seducción. Si pudiese resumirlo en pocas palabras, la Historia me sedujo a través de seres humanos concretos, voces vivas, somáticas, ya vendría el estudio bibliográfico, ya vendría la preocupación por la memoria. Aún no la historia como deber de conocimiento, eso requería mayor madurez. No, yo vi en ellos seres humanos que oficiaban la historia y eran seres humanos que a mí me descolocaron, se trataba de una “historia encarnada” como uno podía ver en las calles porteñas a Ennio Moltedo, Renzo Pecchenino, Allan Browne, entre tantos. Entonces, Aldo Colombo, Jorge Armijo, como Héctor Herrera formaban parte de ese mundo republicano. Habiendo elegido la carrera de Historia en la Universidad, fue la experiencia la que decidió. Entonces, la experiencia de la clase viva me lo confirmó, pues cuando entré me podría haber desencantado de la carrera, pero la figura de profesores reales y concretos, me confirmó que esa era la vocación.

Así, diría que la historia para mí, en esa primera etapa, fue cuerpo, voz, melodía de palabras; por eso la historia para mí ha sido fundamentalmente docencia. Junto con ello, el culto a los libros, la lectura y la escritura que me gusta y apasiona. Pero la parte más notable del ejercicio histórico para mí siempre ha sido la palabra oral, la palabra expuesta, por lo tanto, la clase. En gran medida uno aprende de ella, la clase dialogante, cambiante, ondulante. Hacerse la trampa de preparar una clase pero realizarla al revés y comenzar a descubrir la palabra, el significante, el juego, que mucho de nosotros usamos. Decirse: bueno voy a empezar a hablar, y de aquí tiene que salir algo donde el alumno note que al mismo tiempo estamos hablando y pensando, por lo mismo, descubriendo. Por lo tanto, una pregunta de un alumno te puede cambiar el curso. A veces es bueno dejarse llevar por el ciclo de la palabra. Todo comenzó como una seducción de hombres que hablaban, que eran voces vivas, testimonios de un oficio. Por cierto en mi carrera en Valparaíso hubo otros maestros con un sello similar a don Héctor. Hubo a quienes busqué en otros sitios: por allí

Godo Iommi a quien le iba a escuchar clases en la Escuela de Arquitectura, también Francisco Soler Grimma, en la U. Santa María (Depto. De Estudios Humanísticos), tremendo profesor de filosofía heideggeriana.

Recordando una lectura que usted entrega para el curso de “Introducción a la Historia” en la UMCE, del conocimiento histórico de Henri-Irénée Marrou; en ella lográbamos entender que la historia es inseparable del historiador, y no solo en un sentido evidente del oficio, también en una dimensión más profunda, en una dimensión existencial. Tomando en cuenta aquello y parte de la respuesta anterior, ¿qué elementos de su experiencia personal, al margen de su actividad como Profesor e Investigador de la historia medieval, lo marcaron para dedicarse a ella?

En otros momentos me han preguntado esto. Yo creo que ahí pesa mucho el ambiente porteño de Valparaíso ¿Qué significa eso? Valparaíso es una ciudad de una pequeña y mediana burguesía de inmigrantes (tanto extranjeros como de las regiones del país); Valparaíso se hizo a través del mundo de las travesías, abierto al mar y a un horizonte infinito, también, una ciudad abierta a los marinos, mercantes, buhoneros; sobre todo, a los viajeros. Ciudad relativamente orgánica, es decir, una ciudad que se hizo a sí misma, que nadie la fundó –se habla de una fundación a comienzos del siglo XIX pero eso es pura formalidad–. Valparaíso es en rigor una ciudad que nace desde sí misma, originaria.

Entonces, primer asunto: una ciudad orgánica, hecha por la vida misma, ondulante y llena de rincones que, en aparente caos, es una ciudad equilibrada y armónica. Y lo segundo: ahí aparece un poco el texto. En el colegio estudié historia de Europa, en libros muy bien editados, europeos, italianos, con fotografías en colores, y entonces yo abría estos libros y aparecía Siena, Florencia, Palermo, el mundo mediterráneo. Y cuando comparaba mi lectura de la cultura italiana con los libros de historia de Chile (pues América era casi invisible en la educación de ese tiempo), estos eran lamentablemente lo que uno podría llamar en “blanco y negro”, de historia militar y política, lo que me lateaba profundamente. Y cuando tomaba el libro italiano, lo único que veía era cultura, literatura; entonces, lamentablemente fue muy desigual el encuentro, muy desigual; Dante Alighieri, Leonardo y todo tipo de artistas, por una parte; y por el otro lado, uniforme y corbatas. Con todo el

respeto que me merece la historia de Chile, inicialmente en la educación era una lata de fechas, de batalla, de guerras y presidentes de la República, incomparable con lo que uno podría estudiar desde la poética de las fotos que veía; y entonces, inevitablemente entre Valparaíso y el recuerdo europeo en Valparaíso, no tenía competición posible. Hasta los escritores y artistas porteños venían desde ese lejano mundo. Lentamente he ido integrando la historia de Chile a través de la nueva historiografía, pero sobre todo en el descubrimiento de su historia cultura y algunas de sus figuras contradictorias: Gabriela Mistral, Claudio Arrau, Raúl Ruiz, Jorge Teillier, Ennio Moltedo, en fin.

Consecuencias de eso: aunque parezca raro, nunca he asumido la chilenidad, en la cual no creo; lo que sí asumo es la pequeña patria, ¿qué significa? Me considero absolutamente porteño, y la bandera mía tiene el color verde de Irlanda: la del Santiago Wanderers (porque un irlandés donó las primeras camisetas) o el azul de la casa de Savoia por la Canottieri (club de remo) o el club de bochas o la camiseta en “V” de mi padre, que era atleta del Club Valparaíso. Las banderas son los retazos de nuestros amores reales y concretos. Son nuestros trofeos. Y las canciones que nos atrevemos a entonar, también. A mis hijos (Emilio y Simón) jamás les estimulé los símbolos oficiales, no canto desde que se asistió a los “lunes cívicos” el himno del Estado; me prometí no cantarlo, en algún momento de esa frontera adolescente que tanto nos compromete. Estos son los pliegues y repliegues de las memorias e identidades. Entonces, como puedes ver, se trata de una identidad dislocada lo que me condujo a mirar hacia esa Edad Media.

Pero el tema concreto de su pregunta: tendría que establecerlo en las figuras que en mí produjeron una percepción medieval a partir de imágenes de libros, de esas fotografías mediterráneas; luego, Valparaíso se parecía en algo a esas ciudades medievales. Una segunda posibilidad es don Héctor Herrera, que aparte de ser Profesor de Introducción a la Historia era Profesor de Historia Medieval –nadie competía con él–. Inevitablemente, entonces, la influencia pasó por una dimensión de imágenes en primer lugar, y en segundo lugar, por el profesor que me marcó al abrirme un mundo extraordinario. Y entonces... en tercer año de Historia nosotros debíamos hacer una tesina de Bachillerato, para egresar; conversé con don Héctor para que me la guiara y él aceptó. El tema estaba vinculado al concepto de espacio en el mundo medieval. Al año siguiente me propuso ser su ayudante en la Escuela de Arquitectura de la U. Católica de Valparaíso. Allí ya estaba definido el

camino.

Como ve: la historia como conocimiento fluye junto a nuestra propia historia existencial. Podemos otorgar rigor a nuestro conocimiento, amplitud, profundidad, nuevas perspectivas, pero también es nuestra vida con sus integraciones y dislocaciones.

Desde hace algunos años pareciera que los estudios medievales han experimentado una especie de efervescencia en nuestra escena nacional, que continúa un trabajo en el cual la Sociedad Chilena de Estudios Medievales fue la punta pie inicial. Centros de Estudios, Revistas y una serie de Jornadas, Coloquios y Congresos son muestra de una intensa actividad del medievalismo en Chile. ¿Cómo observa usted el panorama de los estudios medievales en Chile? ¿Cuáles han sido sus conquistas y cuáles son sus deudas?

La primera gran conquista, en la primera etapa que dice relación con la fundación de la Sociedad Chilena de Estudios Medievales, tiene que ver con algo que muchos grupos de otras áreas –Historia de Chile, Historia de América– nos apreciaban. Nos apreciaban que fuéramos un grupo colaborativo, abierto y “hermanado”. En algún momento Joaquín Fermendois nos dijo que admiraba nuestra comunidad.; ¿Qué o quién creó esta comunidad de gente colaborativa que se distingue de otros grupos de especialidad? nos preguntaba en una cena en Viña del Mar.

Entonces en un momento, rodeado de mis amigos, no sé si le dije a Pepe (José Marín), que estaba al lado mío, o a Diego (Melo), *¿hasta cuándo va a durar esta comunidad tan abierta y generosa? ¿Hasta cuándo se sostiene en un país que es de otro estilo?* Y debo reconocer que una primera etapa de la Sociedad Chilena de Estudios Medievales fue de apertura y, luego, comenzó lentamente a aparecer el espíritu de medición. Este afán de medirse con el otro, es un tema ¿no? No diría que hoy es el mismo ambiente original que nos gestó.

Bueno, hablemos de las virtudes. La gran virtud de la Sociedad, es que se definía como una sociedad de aprendices signada bajo la tradición de un común maestro. Definida como una sociedad de aprendices, donde fuimos una buena parte de nosotros, discípulos de un maestro que nos enseñó una gran humildad ante el conocimiento y nos señaló –una idea

que jamás debiésemos abandonar— que nosotros nunca deberíamos dejar de ser aprendices y compañeros de un oficio. Don Héctor siempre fue un aprendiz, siempre se instaló ahí, con su cara de asombro frente a nuestras pequeñas conquistas. Escuchándonos respetuosa y generosamente. Aunque era un maestro brillante, sabía escucharnos y gozaba en ello. Entonces la primera etapa de la Sociedad de Estudios Medievales fue colaborativa, con un sentido de taller. Frente a un conocimiento que nos superaba en demasía. Porque si uno compara la producción de historia medieval chilena con cualquier producción en el mundo somos pequeños. Eso hay que tenerlo muy claro. No tenemos el tiempo necesario para poder dedicarnos a los estudios como en otras partes, pues no están las condiciones plenas. De acuerdo. Pero en otra dimensión tendríamos una ventaja que nos entregó don Héctor: que podíamos reflexionar desde el sur del mundo. Entonces uno podía intentar hacer una historia medieval desde América y desde Chile. Que no es lo mismo que pensar hacer historia medieval desde Francia e Italia, no. Y eso lo supimos desde un comienzo.

Esa, diría yo, es la gran herencia que tenemos, haber tenido un maestro en común una buena parte de nosotros, haber gozado de ser aprendices. Las limitaciones de nuestra sociedad se provocan efectivamente, como todas las cosas en Chile, por un problema humano. No se trata del justo reconocimiento, que cada uno lo tiene; pero es el problema humano que está instalado en este país. El problema es que Chile se ha convertido en un país muy competitivo, donde las universidades compiten entre sí. La Sociedad Chilena de Estudios Medievales sigue en el intento o logro de unir a las universidades, y todavía juntamos voluntades. Sin embargo, el gran logro actual yo diría, más que el tema de los estudios que yo creo que ha ido elevándose en base a proyectos de investigación y un buen nivel de publicaciones. Siempre el peligro está más bien, en las debilidades humanas que en los logros del conocimiento. Yo creo que la historia medieval en Chile mejoró notablemente en la dimensión de lo que uno llamaría interés, inquietud, conocimiento y, también, en la diversidad. Creo que en algún momento esto llegará a su equilibrio de origen. Hoy ¿Qué es lo importante? La vinculación con el extranjero. La Sociedad de Estudios Medievales ha sido capaz de establecer un tejido, especialmente forjado por el esfuerzo personal y comunitario. Eso hoy nos permite, en la actualidad, tener un tejido de relaciones con Argentina, con España, con Inglaterra, con Italia, con Francia, con U.S.A. Vinculación que ayer no existía en esta intensidad. Es una virtud. En este momento estamos

recibiendo cada vez una mayor cantidad de especialistas que nos visitan. Sobre todo con aquellos vinculados con los proyectos Fondecyt adjudicados. Eso es muy bueno. Lo que sigue es que no se pierda esa idea de comunidad de aprendices y la humildad y la generosidad en el conocimiento. Deberíamos reforzar, esa particular dimensión de complicidad, de ser buenos compañeros de oficio y de taller.

Entonces, tomando en cuenta aquellos logros que evidencian los estudios medievales en Chile me gustaría agregar otra variable: ¿qué le puede entregar el estudio de la historia medieval para una mayor comprensión de la historia americana?

Hoy, en la parte que me tocaba hacer del taller de historia universal en la universidad Metropolitana, hablábamos del tema de la cultura americana. Una buena parte del pueblo europeo que llega a la tierra americana, te hablo del pueblo en el sentido amplio, incluyente, porta una memoria medieval. La modernidad, en América, es muy tardía y el renacimiento es parte de una élite muy sofisticada, sin embargo, lo que llega desde la perspectiva de la acción política, es el modelo racional y abstracto de ciudad. La idea de ciudad utópica que se proyecta en esta ciudad americana en el plano damero; una ciudad racional, que en rigor queda tan separada del mundo indígena y que se distancia de esa memoria medieval de la cual te hablé. Se trata de una vida escindida desde un comienzo. América vive hasta hoy con esta escisión. Se trata de una herida que recorre nuestra historia. Aquí el día moderno. Allá, la noche precolombina y la noche medieval. No se trata de lo obscuro, se trata, para mí, de esa parte nocturna de nuestra alma cultural. Lo nocturno es nuestra tarea actual: nuestra reserva en este día desgastado. Ésta vigilia nocturna va a instalarse, en América, en el sustrato de las devociones de los sectores populares, religiosas mágicas, cósmicas, telúricas y ctónicas. No solamente en las orillas cristianas, indígenas y mestizas, sino que también llega en esa mixtura que ya portaban los inmigrantes: paganismos y herejías, la mediterraneidad africana y aquella arabo-musulmana. Aquellas ritualidades portadoras de experiencias somáticas de la religión, por ejemplo, las prácticas de danzarle a Dios y a la naturaleza. Las cofradías europeas, cristianas, en algunos casos católicas pero populares; o la religiosidad laica autónoma, muy expresiva, muy distinta a lo que uno llamaría la religión racionalista que se está instalando en el siglo XVI a través del

concilio de Trento y el mundo jesuita. Por lo tanto, el mundo popular americano se va a formar en esa devoción popular. Ahí hay un libro de Gabriel Guarda, que se acaba de editar, *La Edad Media en Chile*; y uno se pregunta: ¿qué Edad Media en Chile? Se trata de toda esta dimensión poética de la religión en cuanto devoción y expresión comunitaria. Luego las obras de Yolando Pino, Juan Uribe, Fidel Sepúlveda, Claudio Mercado, Gastón Soubllette, Oreste Plath y tantos otros. Las devociones populares que sobrepasan la autoridad jerárquica y el conocimiento teológico, en la experiencia de lo divino, social y popular. La música, los rituales, las fiestas costumbristas, en donde se mestiza y sobrevive el mundo indígena: por ejemplo, en esos bellos y profundos bailes y cánticos de “chinos” del Aconcagua. Allí, danza y trance, ritmo y éxtasis, melodía y cántico, sueño y comunidad, entrelazan una memoria indígena y medieval: las cofradías y el sentido festivo.

De tal manera que la Edad Media llega a América en esa dimensión: como un submundo que se sostiene y sobrevive en una libertad extraordinaria. También, el gran relato de la conquista y buena parte de la colonia es un relato que se sostiene en el *ethos* y el relato de caballería. Es decir, la crónica de conquista americana no es un relato de hombre humanista ni renacentista, más bien es la sobrevivencia de la última etapa de la literatura de caballería en América. Por lo tanto, podríamos decir, estamos en alguna medida marcados por esta Edad Media que llega a través del pueblo. Los dominicos, los mercedarios y sobre todo los franciscanos portan esa memoria de la Baja Edad Media en América y la vinculan con las tradiciones musicales y las devociones correspondientes. La poesía a lo divino tiene reminiscencias, creo yo, de las laudes franciscanas y, entonces, en esa dimensión, la llegada de una sensibilidad o una espiritualidad medieval en América logró encontrarse de mejor manera con una sensibilidad equivalente en el mundo indígena. Esto no significa que el cristianismo no haya causado, también, una escisión en el alma del indígena americano. Lo que quiero decir es que el trauma fue menor allí. Mucho más grande fue el trauma, con la llegada de una burocracia eclesiástica, con una jerarquía lejana. Esa que a través de la norma, de la ley, de la religión jurídica, se impuso. Y, por cierto, el poder político y el poder de las élites letradas, siguieron esa ruta Sombra que hasta hoy día sentimos. Faltó suelo, faltó el cultivo desde los lugares, faltó el sentido comunitario. Y hasta hoy día, claramente se distingue una tradición jerárquico-burocrática de la iglesia jurídica frente a lo que yo llamaría una sensibilidad popular que en gran medida, en el

mundo americano logró tener una complejidad preciosa. Volvamos a nuestros “chinos” y a nuestros poetas a lo divino y humano que habíamos ya nombrado. La sensibilidad medieval en América fue más saludable frente a lo que uno llamaría la “modernidad” de la iglesia post concilio de Trento. Hay, pues, una base medieval en esa sabiduría. Un ejemplo particular: Yolando Pino Saavedra en la década del '50 escuchó una canción de Carlomagno al interior de Talca y eso lo publicó en inglés. Se llama la leyenda de los *Doce Pares*, que es un relato que se encuentra en otros lugares de América. ¿Y cómo llega la leyenda de Carlomagno a nuestros poetas campesinos? A partir de lo más sensible que existe: la poesía. La tradición poética. ¿Directamente de lo oral o ya a través de medios escritos? Éste estudio aún tiene vigencia. Al menos, hoy, el gran poeta campesino Manuel Gallardo canta canciones de Carlomagno. En el conjunto Calenda Maia de Música y Teatro medievales, mucho aprendimos de él. En ese tiempo, y ahora, es nuestro poeta medieval de referencia en cuanto *ethos* directo. Así como el gran musicólogo francés, Marcel Perés, se inspiró en los cantores populares sardos de hoy.

Entonces uno puede decir que la cultura medieval fue traspasada, también, a través de la música y los cantores populares. El cantautor que lleva la música de una parte a otra con un instrumento básico que en este caso sería el guitarrón, el rabel o la pifilca. Aquí hay, entonces, un origen, un arcaísmo que nos hermana de mejor modo con esta tierra y sus habitantes. Usted entiende entonces: por ahí pasa una dimensión de nuestro habitar comunitario, americano o local. En la otra dimensión se ubica el desencuentro: en la Iglesia jerárquica, el Estado nación y las élites tecnocráticas actuales. Necesitamos actualizar una “Edad Media” olvidada y un sentido americano originario para nuestro continente en pro de un nuevo sentido poético para nuestro habitar común.

Pasando a la temática de nuestra próxima edición de *Historias del Orbis Terrarum*, que versa sobre la “espiritualidad” medieval, ¿cómo definiría usted el concepto de espiritualidad?

Entramos en la dimensión de lo que uno llamaría la experiencia del *homo sacer*, del hombre sagrado, pero al mismo tiempo del *homo ludens*; el hombre sagrado pero que, al mismo tiempo, juega, en la libertad de un tiempo poético y, por lo mismo, creativo.

El hombre que juega, el hombre que plantea que el mundo no es solamente lo que es para su uso y utilidad funcional. Se trata de la experiencia de la gratuidad de un mundo en su contemplación y en su celebración. Entonces la espiritualidad es aquello que, aceptando la materialidad del mundo, se abre hacia su celebración, pues intuye su misterioso aparecer. El mundo acontece, entonces, en cuanto símbolo a contemplar o descifrar. La humanidad espiritual es aquella que, aceptando el trabajo productivo como necesario, lo supera en la dimensión generosa de la festividad. En ambos casos la espiritualidad es liberadora y libertaria: porque “celebrar, eso es lo que es”. Entonces, no es sólo el mundo tradicional, sino que hay algo más: lo poético de una existencia abierta. Dentro de esa misma línea llegamos a la experiencia de los rituales, de las festividades, y de la sincrónica, de un mundo que es reflejo de otro mundo invisible que uno puede adivinar o que, simplemente, se trata de solo este mundo, pero que, sin fiesta, no es un mundo digno.

Sin embargo, en la Edad Media, hay dos orillas. Hay una orilla de la espiritualidad que es orgiástica (como, por ejemplo, esa consonancia con el baile de los chinos acá en el valle del Aconcagua) ¿qué significa orgiástico?: el hombre que cree encontrar a Dios a partir de la expansión de su ser, somático y psicológico; al salir de sí. Comunicarse a través de un trance comunitario; de un éxtasis, tocar el instrumento contantemente con la misma nota; hiperoxigenarse para entrar en un trance significa buscar la comunidad de los demás somáticamente en una danza.

Es una experiencia espiritual orgiástica, que te saca de ti mismo. La Edad Media está llena de experiencias espirituales que te abren al mundo. Posiblemente todo esto está relacionado con el sincretismo pagano-cristiano. Ir al encuentro del mundo: sea cosmos, naturaleza o comunidad humana es el signo de este tipo de espiritualidad. Danzo y canto, recorro y peregrino el mundo, me expreso en cantos edificaciones y símbolos. Se trata de una espiritualidad expresiva, somática, festiva, ritual, alegórica, carnavalesca, teatral. Sí: se trata de un teatro, de un drama festivo, catártico, colectivo o comunitario. Por otra parte, una espiritualidad que fija distancia, que se retrae hacia un cobijo, que separa. Un ejemplo es la experiencia místico-individual. La experiencia de la introspección, que es bastante limitada en el mundo medieval, pero que existe. Tanto la experiencia de la extroversión como de la introversión, existe una espiritualidad. Tanto la persona que canta en voz alta que danza a Dios, tanto como la persona que escucha desde el silencio

Entonces, la espiritualidad medieval, es tan pagana como cristiana; tan ortodoxa como heterodoxa y herética.

Eso hay que reconocerlo, es fundamental, la espiritualidad pagana mucho tiene que ver con la espiritualidad cristiana. Se deben la una a la otra. Sin embargo, la espiritualidad pagana es anterior a la cristiana. Entonces la espiritualidad pagana es más extensa y con muchas dimensiones y planos posibles. Hubo una espiritualidad filosófica, neoplatónica, neopitagórica, por ejemplo, se trata de algo intelectual, sofisticado. Hubo, también, una espiritualidad pública, política, que tenía que ver los rituales para el Imperio. Pero también hay una espiritualidad urbana *underground* que era una espiritualidad sincrética donde se mostraban cultos sincréticos y orientales (Isis, el culto a Mitra junto a dioses urbanos en Roma). Pero también está la espiritualidad pagano-étnica, que sería equivalente a nuestro mundo indígena, la espiritualidad celta, espiritualidad germánica, que se podría definir “poéticamente” como la espiritualidad de los bosques, de las montañas. Y, no sé si finalmente, viene la espiritualidad rural-campesina. el campesino que le ruega a la Madre Tierra cuando quiere que ésta tenga mejor fecundidad: el culto a Príapo, a Demeter, los cultos arbóreos e ígneos, las cofradías femeninas, el árbol de Mayo, los carnavales rurales, etc. Entonces ahí estamos hablando de una espiritualidad rural que tiene que ver con la fertilidad de los campos.

Todos esos grados de espiritualidad pagana se van a encontrar en la Edad Media con una religión que es muy sincrética, como lo es el cristianismo. Por lo tanto, en un momento vamos a ver que cierta espiritualidad cristiana sofisticada no lo sería de no haberse encontrado con la filosofía pagana; que cierta espiritualidad pública y política cristiana no llega a ser lo que es (como, por ejemplo, la dimensión del estado como *gracia*) si acaso no se encuentra con cierta espiritualidad pagana vinculada con los estoicos, (como Cicerón y su idea de la religión al servicio de la República); que cierta espiritualidad urbana cristiana no llega a ser verdaderamente espiritualidad si acaso no se encuentra con todo ese mestizaje de espiritualidades urbanas que estaban dentro del mundo helenístico, especialmente en Alejandría, Constantinopla, Atenas, Roma; que cierta espiritualidad cristiana no llega a ser sofisticadamente interesante si acaso no se encuentra con la espiritualidad celta o germánica, como la idea de incorporar a la naturaleza, que en el mundo judío evidentemente había distanciado. En cambio, el cristianismo se reencuentra con el cosmos

y la naturaleza al vincularse con la espiritualidad celto-germánica. ¿Cómo habría ingresado ese árbol con el que hasta el día de hoy celebramos la Natividad sin la apertura hacia el paganismo celta y germánico? Y, de la misma manera, esa espiritualidad cristiana también se conforma de lo que podríamos llamar una “memoria campesina” de la Edad Media, que tiene que ver con sus fiestas, con los ciclos naturales (los solsticios, los equinoccios, la luna llena). No sin razón la fiesta de la Resurrección de Jesucristo se celebra con luna llena, que es una memoria pagana. Entonces ahí hay un puente decisivo, aunque la espiritualidad cristiana también la podemos encontrar en estado muy puro, como en el mundo monástico o en los ermitaños del desierto del siglo IV (ellos se separan del mundo pagano). Por lo tanto, el sincretismo es clave en ese momento.

Aparece entonces lo que uno llamaría la Cristiandad en estado de apertura, es decir, una Cristiandad heterodoxa antes de ortodoxa, y esa es la gracia del mundo medieval: cuando un alumno se está iniciando en su estudio cree encontrar en él sólo una ortodoxia católica, pero se da cuenta que la realidad es algo diferente, ya que la espiritualidad cristiana es tremendamente diversa y varía de región en región. Por eso hay un cristianismo celta, helénico, armenio, copto, etiópico, germánico, todas dimensiones de ese estado de apertura dentro del mundo medieval que acepta fiestas paganas dentro de las mismas fiestas cristianas, que acepta el carnaval antes de la cuaresma, que acepta la fiesta de los locos para la etapa que va de Navidad hasta la Epifanía del 6 de enero. A mí esto me otorga posibilidades de entender que la espiritualidad cristiana se vale tanto de la mística como de la risa y la extroversión. La gente canta e incluso expresa sus faltas públicamente. Todo esto cambia drásticamente en el siglo XVI con la Contrarreforma, pero a su vez nos permite ver claramente una Edad Media abierta en el período anterior. La Contrarreforma fue un conservadurismo, estableció el control de una Iglesia monárquica, con una función interventora en la educación. Y eso nos produce mucho ruido para apreciar lo que uno llamaría el “estado de apertura” de la espiritualidad medieval. Yo, por lo menos, creo en una espiritualidad medieval abierta, sincrética, pagano-cristiana, que debería convivir. Y eso va a volver a tener una segunda oportunidad en América, cuando el catolicismo europeo llegue y tenga una nueva opción de sincretismo. Por lo tanto, considero como fundamental nuestra memoria medieval en América: las devociones populares creativas y

comunitarias que escapan a la normada, y un tanto aburrida, burocracia jurídico-eclesiástica.

A partir de lo anterior y pensando un poco en su actividad como investigador de la Edad Media, en una oportunidad sostuvo que el mundo medieval “merodea entre la oralidad, la escritura y la imagen”.¹ A lo largo de su trayectoria académica, ¿cuál de estos tres ámbitos le ha iluminado con mayor detalle el itinerario espiritual del hombre durante este período?

Hoy en la mañana Ariadna, mi ayudante en la Universidad de Chile, me preguntó sobre el concepto de patrimonio, y lo primero que le dije es que “yo no creo en el patrimonio monumental, así que no le voy a hablar del patrimonio total ni nacional de Chile. No creo en las estatuas. Yo creo que el primer patrimonio del ser humano es la voz, la palabra”. Entonces le dije que, como para mí *patrimonio* significa hablar de *patria* es decir, una solidaridad con “lugares” memoria y ámbitos de encuentro real. Entonces, hablar de *patria* significa hablar de *Valparaíso* y no de Chile. De la región y la ciudad de Valparaíso.

Valparaíso es y está en la voz de sus habitantes. Ir un día a la Plaza Echaurren y escuchar a los porteños en su sencillo, pero auténtico y profundo, decir. Ese es el patrimonio: la palabra, el relato, que también puede ser código gestual vestimenta, colores y símbolos: la camiseta del Wanderers. Todo ello gesta los “lugares”. Así se originó El Puerto: en su decir callejero, en su decir del comercio a voz en cuello, en su apasionada conversación de los bares, en los gritos de las pandillas de niños. Eso creó las calles, los espacios, las plazas, los almacenes, las universidades porteñas volcadas hacia la ciudad. Se trata de un principio acústico de los “lugares”. Tan distinto a este Santiago enmudecido.

Creo, entonces, es esa dimensión del patrimonio como personas reales y encarnadas y aquellas evocadas porque las llevamos con nosotros. Le decía a Ariadna que en estos viajes que parecen “culturales” y no son más que turismo: el Coliseo Romano no significa mucho, aunque sea monumental. El Foro Romano tampoco me significa mucho ni tampoco

¹ Fuentes, Ítalo, “La imagen: un rostro de la historia”, en Widow, José Luis, et al., *Un magisterio vital: historia, educación y cultura. Homenaje a Héctor Herrera Cajas*, Santiago, Ed. Universitaria, 2008, p. 353.

los Museos Vaticanos. Me daré mi vuelta. Pero lo que me gusta en los viajes es viajar en otros. Es decir, escucharlos. Chile, América o Europa es ir a un bar, a una taberna a una plaza y escuchar a las personas. Para mí ese es el patrimonio: escuchar las canciones, las melodías de cómo conversa la gente, de cómo habla, como se expresan.

Desde esa perspectiva, la Edad Media escrita y de la imagen es fantástica y me puedo enamorar de ella en sus relatos. La palabra, de hecho, queda en la imagen y en los escritos. Pero también la manera de tratar de encontrar y reconstruir hipotéticamente “la voz medieval” en sus dichos, en sus cuentos, en sus mitos, en su música, y eso me llevó al gusto por la música medieval. Por lo tanto, entre las tres palabras, “oralidad”, “escritura” e “imagen”, rindiéndole homenaje a la iconografía medieval y a los notables relatos míticos o historiográficos, lo que trato de descubrir detrás de esos códices, impresos o virtualizados, (sólo en Bélgica pude hojear uno original) y sus gráficas es una vida concreta: ¿cómo habrán hablado y cantado esos hombres? En consecuencia, para mí lo central a nivel de valor histórico es la voz, y si ahí está la historicidad significa que también ahí está el patrimonio. Y esas voces se allegaron a estas costas. Por cierto, entonces, las voces medievales sobrevivieron gracias a la escritura, la iconografía y los objetos (ciudades, edificios, lugares, instrumentos musicales, etc.)

En un lúcido trabajo,² afirma que para cuando emerge el mundo medieval la ciudad se ha transformado en un espacio que oprime, no libera,³ y que para muchos ya no constituye un referente existencial. Esto es lo que usted ha llamado “crisis de Residencia Histórica”. En virtud de la realidad a la que alude con esta expresión, ¿qué tan cerca o lejos cree que nos encontramos de la Edad Media?

Muy cerca. Es tan reciente. Nuestra experiencia urbana más próxima (Santiago) tiene una imagen de una gran tristeza, y cuando digo tristeza no me refiero a una sensiblería, sino a una actitud vital. La tristeza, por ejemplo, se ha tomado los rostros de Santiago, una ciudad profundamente apenada, habitada por gente en crisis profunda. A

² Fuentes, Ítalo, “Ciudad y destierro. Consideraciones en torno a la cristiandad antigua”, en *Academia*, 13-14, 1986, pp. 85-93.

³ Pertinente resulta aquí citar las palabras de San Jerónimo: “(...) la ciudad es como la cárcel; el desierto y la soledad como el paraíso”, en *ibíd.*

muchos amigos les pregunto si alguna vez se detienen a ver los paraderos de buses o del Metro: los rostros de las personas están cabizbajos. Sin embargo, Santiago tiene las alternativas de las grandes urbes. En esta dimensión: en la gran ciudad es posible gozar de ciertas libertades que, a lo mejor, en una pequeña aldea no sería posible. Entonces tiene ese doble sentido. Recorrerla, bajo esos signos y otros, es extraordinario. El callejeo en Santiago se transforma en una virtud. Su inmensa espacialidad, sus diferencias, sus heridas y fragmentaciones, sus “tribus”, sus “lugares” y “no lugares”, sus barrios a trastienda. La tristeza es un signo, pero la ciudad bulle en sus centros y sus periferias, sus alturas y sus subterráneos. Se puede pretender quererla, nunca como el amor que me despierta Valparaíso. Santiago es triste, una tristeza agresiva porque es depresiva, pero no odiosa. Se la deja recorrer en su cansancio.

Creo estar marcado por la cultura libre, resto tardío de un tipo de cultura hippie, trasnochada, pues alcancé a probar su última etapa, cuando era una reserva en un mundo sitiado. Allí, junto a buenos amigos, escuchábamos música en eternas tardes, asistíamos a algunos conciertos (inolvidable el grupo Congreso en sus recitales en la Universidad F. Santa María o las películas del Instituto Goethe o el cine Arte en Viña). También estaban las peñas universitarias y los recitales de poesía. La ciudad se vivía en núcleos de pequeñas resistencias domiciliarias, de barrio (mi calle Latorre en Villa Alemana) y núcleos de amigos. Recuerdo haber pensado todo esto con un gran amigo escritor: Guillermo Rivera. Ahí alguna vez expusimos acerca del problema de la ciudad. Fue el resultado de los largos toques de queda por allí, a comienzos de los 80'. Dialogamos con amigos noches enteras. Sí, desde ahí la ciudad se transformó en un tema que llegó hasta algunos escritos como el que tú me nombras.

El presente inevitablemente a uno le ofrece condiciones de experiencias para poder apreciar el pasado. Entonces en esa dimensión encuentro una similitud (no podemos hablar de un fenómeno idéntico porque la historia no se repite), es decir, una consonancia de la situación actual con el contexto medieval en esos orígenes en la llamada “Antigüedad tardía”.

En algún momento estas ciudades-prisión, estas ciudades programadas, estos simulacros de civilidad van a tener que descubrir la autenticidad comunitaria. Es probable que en una posible crisis a futuro, aún más radical que la actual, aparezca la posibilidad de

resignificar el habitar y, sobre todo, el *sentido poético del habitar*, expresión que puede parecer muy de lujo, pero el habitar poético significa reconocerse en el mundo en el cual vivo, como un lugar de encuentro, pero también de anuncio hacia una mejor destinación. Eso significará: ponernos de nuevo de camino hacia un residir. Desde esta perspectiva, yo encuentro que hay una consonancia entre la crisis urbana del mundo contemporáneo y la crisis que le tocó vivir, por ejemplo, a San Jerónimo en la Roma hiperurbanizada del siglo IV.

Debemos reconstruir un mundo desde el tejido de las comunidades, tanto urbanas como rurales. Yo pienso, utópicamente, que es posible que en algún momento comiencen a existir organizaciones en una ciudad fragmentada. Pero, sobre todo, apropiación del tiempo (aquí apunto a Henri Lefebvre), la reconquista de un espacio y un tiempo festivo en tanto creación, en tanto arte de la vida. Como lo eran nuestras tarde de infancia, las mesas de nuestros sencillos abuelos, bajo un parrón, conversando. Nuestros padres celebrando con canciones y bailes, sin ninguna pretensión. La vida era así o así quedó en nuestros recuerdos.

La fragmentación de una ciudad duele mucho, en relación a los ghettos de los condominios. Pero es posible que la fragmentación sea, efectivamente, un derrotero de la nueva ciudad que ya es, y en esa fragmentación es posible que la gente vuelva a reconstruir “lugares” zonas, pero en el sentido de apertura. Barrios abiertos y no los condominios cerrados y cercados. Como, cuando niños, sacábamos las mesas a la calle para celebrar con los vecinos. Ñuñoa, que es un “sector” bastante aceptable desde el punto de vista humano, se aproxima a ciertos recuerdos de mi vida como porteño. Es un barrio relativamente democrático, aún subsisten los rostros y voces callejeras: kioskos, almacenes, veredas caminadas y no sólo transitadas. Algo.

Yo creo que este punto de crisis de la ciudad actual nos lleva a buscar zonas en el pasado en donde aconteció algo parecido, como ocurrió en la ciudad antigua y su alternativa de hacer surgir un mundo nuevo desde la crisis. Por lo mismo, yo no le tendría miedo a una crisis urbana en Santiago, porque creo que sólo en las crisis y en las contradicciones más profundas y, a veces, en las catástrofes surge lo nuevo. Entonces no hay que tenerle miedo a lo que parece venir.

La historia nos sirve necesariamente para instalarnos en una consonancia con ciertos momentos clave. La Antigüedad Tardía tiene un signo de este tipo. En este período la comunidad helenística del siglo I y II comienza a resquebrajarse en el siglo III y IV, y esta comunidad abierta que era el Mediterráneo se torna más bien privada, intimista, al igual que en la etapa nuestra de la burguesía decadente.

Yo creo que entre la crisis del Estado-Nación, tradicional y republicano, y la aparición de un mundo privado aislado, egótico y limitado, basado en un intimismo elemental y básico, de gente de lágrimas fáciles en los medios de comunicación y virtuales, entre ese intimismo enfermizo nuestro y la nostalgia del espacio público ya perdido del estado-nación que ya no va a volver, yo creo que se anuncia una utopía posible: el retorno de las comunidades reales y auténticas, y creo verlo como posibilidad a considerar en la crisis de la antigüedad tardía, cuando la gente después de mucha ficción y escenografía, de monumentalismo y vida “llena” de fórmulas vacías pasa a la idea de que tiene que construir un mundo ante sí. Las experiencias monásticas y las experiencias aldeanas de los siglos V y VI. Sí las aldeas libres de origen étnico, las experiencias, o lo que uno llamaría las experiencias de un campesinado que tiene que retomar su propio ciclo de supervivencia. Por cierto, apunto a las experiencias creativas. No ignoro que toda esa crisis significó, también, espacio abierto para nuevas dominaciones y poderes privados. Sin embargo, cuando se ofrece espacio a la libertad hay que aprovechar esos intersticios. Algunos supieron unirse y construir proyectos propios. “Vivir juntos” parece ser el tema de fondo ¿cómo? Ya vemos lo que ha pasado en nuestra triste experiencia universitaria. Ahí teníamos libertad y la perdimos. Teníamos comunidad y la perdimos. Teníamos autonomía y la perdimos. “Vivir juntos”: Roland Barthes volvió a este tema en sus cursos, como Foucault al “cuidado del sí mismo”. Ambos bucearon en la historia. Entonces hay una consonancia entre el tiempo contemporáneo y el tiempo de la antigüedad tardía más que medieval. El “medieval” nos puede servir para la tarea que sigue. Cuando reconstruyamos nuestras libertades y talleres, nuestras festividades y celebraciones, nuestras autenticidades y caminos propios.

En incontables ocasiones ha reconocido ser deudor del magisterio de don Héctor Herrera Cajás. A nivel de su labor docente e investigativa, ¿cómo ha asumido este legado? ¿Lo ha revitalizado confiriéndole una nueva contemporaneidad?

Don Héctor era un ser humano muy complejo, exquisitamente complejo. En primer lugar un hombre muy generoso, mucho más que todos nosotros, lejos, imposible superarlo. Generoso en el sentido de que acogía a todo tipo de alumno y alumna, más allá de su ideología. No preguntaba lo que opinabas sobre algún tema para instalarte en su círculo de discípulos. No le importaba mucho si uno era de izquierda o de derecha. Por supuesto, en algún momento, suavemente, muy suavemente trataba de influir mínimamente, aunque sabía que eso era imposible de cambiar. Por lo tanto, en primer lugar, un magisterio abierto, sin proselitismo. Él tenía muy claro pensamiento. Lo podría calificar como un cruzado, como un salmón, en un momento le dije que nadaba contra la corriente; como un conservador, incluso como un nacionalista profundo. Yo en ninguna de esas partes coincidía con don Héctor, salvo en la idea de una posibilidad de la tradición como parte de un tejido de vida. Sin embargo, nunca se produjo una lucha o un roce, quizás alguna observación a mi memoria personal. No obstante, se generó entre nosotros una profunda amistad de comprensión, muchos temas comunes de la vida cotidiana, entre ellos, la ciudad. De la naturaleza, botánica y flores me daba cátedra y, allí, mi ignorancia era inmensa, sin embargo creo que el amor a la ciudad nos comunicaba. El gusto por los almacenes y las caminatas urbanas. Heredé de él sí, el gusto por los recorridos urbanos con cierto nivel de interpretación espacial. Así, muy pronto, mi primera ayudantía fue de historia de la ciudad en la Escuela de Arquitectura en la PUCV. No podría haber llenado de mejor manera mis deseos docentes.

Aprender de un magisterio libre, fue una gran oportunidad, un magisterio de la experiencia de un oficio, la de profesor. Antes que investigador, don Héctor era profesor. Él era un muy buen investigador, erudito, estudioso profundo, pero su vocación docente lo sobrepasaba.

Entonces aquí llegamos a la clave del magisterio de don Héctor - que lo heredó mucho hacia nosotros, sus ayudantes - era un magisterio artesanal, tallando las piezas frente a sus alumnos, escribiendo el propio pensamiento docente, pero mucho más

importante que eso, haciendo de la palabra, una palabra arriesgada en la apuesta del tiempo de clase: “¿Preparaste la clase de ayudantía?”. Y yo tenía un esquema similar a lo que él hacía en la pizarra, me decía “perfecto”, arrugaba el papel y me decía: “olvídate de todo, instálate en la clase y empieza hablar. No hay preparar las cosas, nosotros siempre estamos preparando las clases. Si estás estudiando todo el tiempo, si estás leyendo, estás preparando constantemente clases, no te preocupes si preparaste o no la clase, pero, sobre todo no repitas la clase. Instálate frente a ésta y comienza a pensar en ese momento, y te vas a dar cuenta de que nunca te vas a aburrir de la docencia, y al mismo tiempo van a surgir nuevas ideas en la clase que nunca pensaste antes”. Así ha sido: aceptas el desvío, por tanto aceptas senderear en la historia. Salir de la carretera planificada y entrar al sendero del bosque. En alguna medida es una complicidad con don Héctor: el pensamiento del sendero de no pertenece a la carretera. La educación nuestra ha sido construida por las carreteras curriculares, el curriculum es la carretera y hay que romper con ese curriculum y llevar a los estudiantes a los senderos del bosque (Heidegger).

Así, la docencia cómplice con don Héctor era vincular el oficio universitario con la vida pública, el vagabundear por la ciudad. El ir a una feria y comprar frutas con él, ir a comprar a los almacenes de Valparaíso ¿qué significa eso? Que la docencia no se distingue de la vida pública de cualquier ser humano. Y se es buen docente en la medida en que se convive normalmente. Por lo tanto, don Héctor era lo menos “intelectual” en el sentido siútico de la palabra, que uno podría haber conocido. Era un verdadero intelectual del camino. Si caminabas con él, lo menos que le interesaba eran los temas relamidos, le interesaban temas de la vida, allí, concretos, que se resolvían mirando rostros vivos, lugares y objetos significados.

Cosas que aprendí con don Héctor: mirar la ciudad, conversar con la gente más humilde en una feria porteña, respetar al auxiliar de la universidad. Hay gente, lo voy a decir así, de izquierda universitaria, que ni saludan a los auxiliares. Poses insoportables que tanto nos han dañado en nuestra convivencia. Don Héctor practicaba un humanismo profundo, como aquel de Humberto Giannini. La autenticidad era lo más destacable en ellos. Entonces el magisterio como una materia pública, como una tarea de calle, la universidad como parte de la sociedad, era el estilo de estos maestros. Y, además, saber que detrás de don Héctor había un maestro que alcancé a conocer, Juan Gómez Millas, y

una maestra: Olga Poblete. En ambos vi, también, a esa figura del docente abierto al mundo.

Por cierto que don Héctor hubo de padecer nuestra contemporaneidad, con comprensión y algún placer: escuchó completo el álbum *El lado oscuro de la luna* y lo celebró. Aceptó nuestras tentaciones post modernas y vibró con algunas de nuestras lecturas. Sobre todo, comprendió nuestras personales posiciones respecto a lo contingente.

Deteniéndonos en la temática del sendero del bosque y la carretera, usted no solo ha sido profesor en variadas instituciones universitarias; también fue profesor escolar. Tomando en cuenta dicha experiencia, ¿cómo evalúa usted la enseñanza de la Historia en general, y la enseñanza de la Edad Media en particular, en la educación secundaria?

Hoy intuyo que en el mundo escolar la visión de la Edad Media no ha cambiado tanto como uno podría suponer. Pero yo no me he dado cuenta hasta donde la nueva generación de profesores de historia medieval de Chile, de los que están instalados hoy, han logrado cambiar la imagen medieval, al menos en las clases, porque en los manuales no ha cambiado demasiado. No tengo pruebas suficientes de todo ello.

El problema central es que, en Chile, hay una excesiva carga académica de los profesores, es una locura que en una jornada completa de 44 horas 40 sean de aula. Entonces el problema es la saturación de docencia que no permite acceder, en ciertas condiciones, a una crítica frente a la historia. Finalmente esos profesores terminan cediendo frente a los manuales oficiales que son relativamente perversos hacia la historia medieval. Aunque se han abierto un poco, hay manuales que mantienen los mismos estereotipos de la Edad Media. Pero no tengo claro si el profesor recién egresado logra cambiar esa visión o si se somete definitivamente al manual. Porque todo el marco curricular nuestro, no depende de los profesores, depende de tecnócratas y burócratas. Técnicos que diseñan manuales para la edición de libros y que realizan un curriculum para un mundo estandarizado. Porque el curriculum estandarizado de tecnócratas está hecho para las pruebas estandarizadas.

Creo que en esas tareas funcionarias, siguen existiendo los estereotipos de la Edad Media. Entonces me pregunto si en el mundo escolar se logra transmitir la crítica universitaria hacia la Edad Media. Creo que la contingencia y la saturación de trabajo de los

profesores chilenos, se come la posibilidad de crítica y creatividad. Entonces es urgente el grito 50/50. 50% de horas de clase y 50% de horas de ocio reflexivo, no de ocupación absurda. Esto podría permitir el cambio, hasta hoy no se ha dado el paso. Creo que en el mundo escolar falta la visión de la Edad Media que se ha dado en la universidad. Pero ¿cómo realizar ello? Nuestros profesores requieren buen trato, mejores remuneraciones, menos alumnos por sala, tiempo para preparar y evaluar su labor, buenas vacaciones y descansos. Requieren autoridad del oficio y disfrutar de alumnos, no sufrir clientes. No me atrevo a criticar el mundo de mis compañeros docentes en el mundo escolar, porque las condiciones mínimas o básicas no existen. Sí me atrevo a criticar las burocracias iluminadas: insoportables. También, a lo patrones ignorantes. No diré nada de los padres y apoderados, sólo que deben recuperar su lugar de respeto hacia los docentes. Y de los alumnos... primero debemos mostrarle un camino distinto.

Ya tomamos en cuenta que la institucionalidad historiadora en Chile se ha abierto camino para la comprensión del estudio de la Edad Media, siendo usted parte fundamental de aquel recorrido. Sin embargo existen impulsos que son externos a esa institucionalidad historiadora-académica que también se dedican al rescate de la sociedad medieval. Pienso por ejemplo en su labor en el conjunto de Música y Teatro medieval Calenda Maia. ¿Qué importancia cobra para usted esta otra variante de estudio de la Edad Media?

El Calenda Maia no sólo es llevar a la poética expresiva, las nociones que uno tiene de la Edad Media musical, teatral y festiva. Hay algo más en ello. Un sentido interpretativo: un cambio que el *Calenda Maia* dio en el ámbito local, es presentar la Edad Media popular, optando por la música popular de la misma Edad Media en asociación a lo nuestro popular, alejándose del estereotipo barroco de la Edad Media, ese fue un camino importante: expresar las culturas populares. Lo segundo fue pasar del ámbito universitario, intelectual de centros culturales reconocidos al ámbito de toda posibilidad habida. El *Calenda Maia* tiene que tocar en eventos donde se lanzan productos industriales en el castillo Hidalgo, luego se puede estar tocando en un matrimonio de la elite chilena, en un encuentro político, en un colegio o parroquia de La Legua, en un colegio del barrio alto o en Valparaíso en el Teatro Municipal o en el pueblo rural más escondido de Chile.

Entonces *Calenda Maia* se ha permitido ingresar a todo ambiente posible, donde hay que disfrutar la gente que acoge con cariño y respeto, hasta ser los bufones de una corte pseudoaristocrática, en donde te pueden decir *¿podrían animar la fiesta?* Y en ese momento, entonces, uno, humildemente, se convierte en un juglarcillo, y en otro lugar donde te dicen *¡ah los maestros!* Y, la primera vez con nos dijeron maestros, en nuestra vida, fue en Europa. Nos celebraron y nos festejaron. En el mejor restaurante de Assisi, en Italia, prepararon un menú en nuestro homenaje. Desfilaron nueve platos distintos y nosotros nos dejamos querer. No hablaré de los vinos y de la *grappa* que bebimos. Entonces el *Calenda Maia* ha sido un vehículo para llevar una Edad Media popular y tratar de cambiar la imagen de que la Edad Media no es solo un mundo religioso formal, sino también con una cultura laica profunda.

Hemos viajado como itinerantes. Como siempre soñé en mi vida. Con mi familia y mis amigos. He podido ver el mundo junto al Calenda Maia: tocar junto a Congreso en el Carnegie Hall de New York. Tocar junto a Los Tres e Illapu en Venecia. Haber estado junto al Papa y tocando en una pescadería popular en Italia. En Carcassonne y en una iglesia del siglo XII en Alemania. Pero, también, en la parroquia San Cayetano de La Legua, asomarme a grupos como la logia masónica de Marcoleta, en sinagogas judías y club de palestinos, hemos estado tocando para empresarios en el barrio más alto posible, hemos estado tocando para los barrios populares más pobres de Chile. Entonces: he viajado como un juglar medieval. ¿Qué más puedo pedir? Hemos estado tocando en colegios particulares como el Grange y hemos estado tocando en escuelitas pobres donde uno solamente toca gratuitamente, porque no tienen posibilidad de pagar; en el mundo rural y el mundo urbano. Es decir, hemos estado con nuestros compañeros profesores. Entonces *Calenda* ha sido, lo que yo llamaría, un ideal medieval en el mundo contemporáneo.

Uno vive la itinerancia medieval a través del *Calenda Maia*, entonces ahí uno se da cuenta que esa Edad Media que uno ofrece tiene brillos muy distintos en los ojos que te reciben. Por ejemplo, una vez tocando en una especie de casa de campo, palacio, sofisticadísimo —existen esos mundos en Chile—, con pianos de cola, nos cambiamos para un concierto y asomándonos a ver quiénes estaban entre el público, la mitad del *Calenda* se negaba a tocar. Una parte de nosotros, los más viejos, diciendo *somos juglares y tenemos*

que tocar a todo el mundo y la mitad del Calenda amotinado diciendo, *jamás voy a tocar para esa persona*; y lograr la victoria de que todos tomemos aunque sea bajando la mirada para no mirar, para no mirar; a este nivel de prueba llega la Edad Media. Calenda Maia diría, efectivamente, es la experiencia de mostrar y tratar de explicar de un modo poético, de oír decir a mucha gente *oiga usted me cambió la imagen de la Edad Media solo por un concierto del Calenda*. Lo que a lo mejor con diez clases nuestras no habríamos logrado. Esto es que produce la representación de lo poético Que en un colegio digan, *tan entretenida la Edad Media, no puedo creerlo*. Entonces yo no entendería, hoy, mi experiencia de docente académico-universitario separada de mi experiencia callejera, imposible, yo no sería el mismo profesor de Historia Medieval sin el *Calenda Maia*, definitivamente.

Me gustaría agregar algo, *Calenda Maia* también reproduce la experiencia de vida, no sin conflicto, no sin tensiones, de una cofradía. El vivir como *cofrates*, como experiencia comunitaria ha sido una de mis mayores experiencias. Compartir una comunidad sin jerarquía funcional, donde no hay director ni funciones abstractas. Donde todo es mérito del oficio. Donde todos ganamos por igual; todos. Teniendo 25 años de antigüedad o mucho menos. Todos ganan exactamente lo mismo. La economía del *Calenda Maia* es un testimonio de una experiencia comunitaria. *Todo lo tenían en común, tenían un mismo corazón*. O si quieres, al revés. Estamos compartiendo como conjunto la vida de una cofradía igualitaria, autosuficiente, autogestada. Todos los discos los hemos producido nosotros, no dependemos de sellos y eso habla de cierta experiencia anarco-comunitaria del *Calenda Maia*. Esto no es sólo un modo de ser, sino un fin en sí mismo. La solidaridad y la generosidad son fines. No sin conflicto por cierto. No sin errores. Pero es un camino a sostener.

Por último, quisiéramos terminar esta entrevista evocando en la memoria a un historiador que nos acaba de abandonar: Jacques Le Goff. Recuerdo con enorme cariño la lectura que usted nos diera en su cátedra de Medieval en la UMCE, *La bolsa y la vida*, ¿qué importancia tiene Jacques Le Goff en los estudios medievales y en su propia formación como medievalista? Y, ¿de qué manera podemos entender la espiritualidad medieval en Jacques Le Goff leyendo, por ejemplo, *La bolsa y la vida*?

Central, porque Jacques Le Goff de hecho siendo un historiador, de una corriente escéptica de la espiritualidad, en tanto condicionante equivalente a las otras dimensiones materiales, económicas y sociales de la historia, asume, desde sus primeras obras, una valoración de las dimensiones culturales y mentales (míticas, legendarias, imaginarias, intelectuales, simbólicas, etc.) y desde esa preciosa obra que fue la primera que leí (editada originalmente en 1957) *Los intelectuales en la Edad Media*, pasando por el extraordinario *Nacimiento del Purgatorio* (de 1981) sigue escribiendo sobre la “Leyenda Dorada” y San Francisco, lo que habla de la amplitud de comprensión, de la amplitud de criterio de Jacques Le Goff. Todo aquello le permite vincular, en otras obras señeras como la que Ud. nombra, en el terreno económico y social: fenómenos materiales y productivos, usos y legitimaciones sociales, construcciones ideológicas, creencias y, lo que usted señala: las “espiritualidades”. Le Goff integra a la comprensión histórica una mirada antropológica y cosmológica admirable.

El libro que más me marcó, como estudiante de primer año, fue *Los intelectuales en la Edad Media*. Recuerdo ese examen oral que no debe haber sido para nada destacado, sin embargo, lo valoré y me marcó a fuego en mi limitada visión de estudiante. Ese notable libro, hasta hoy día me significa. Hasta hace poco, y a propósito de un intercambio de opiniones con mi asistente de la U. de Chile - Ariadna Biotti - debido a un rayado mural de un estudiante que rechazaba la idea de la intelectualidad en los profesores, le propuse volver a la lectura de esa obra que ya tiene muchas obras señeras complementarias. Esa pequeña pero tan significativa obra de Le Goff, me enseñó a amar el oficio, originariamente medieval de la universidad que hasta hoy es posible vivir. Allí es posible valorar la matriz de la universidad medieval, la universidad, en rigor, histórica debería no perder una de las grandes dimensiones de la universidad medieval: la *disputatio*, del intelectual medieval, del hombre, independiente pero comunitario, que hace de la artesanía intelectual su propio sustento para vivir. La artesanía que nos habla de solidaridades, pero también de sentido libertario, de apropiación de la obra y del taller, pero también de la generosa entrega a la sociedad humana, del dominio del oficio desde la materia originaria hasta su producción y creación poética que es la obra. Los profesores somos y pertenecemos al artesanado histórico. Debemos recuperar esa dignidad para no perdernos como meros técnicos u obedientes funcionarios. Jacques Le Goff nos permite percibir varias cosas importantes en

la historia que, también, otros autores han logrado instalar (Duby, Fossier, Vauchez, Ginzburg y tantos): no hay una distancia ni un dominio hegemónico unilateral, entre materia y espíritu. El mundo material más denso se vincula, con el mundo místico, religioso. Ese es el espacio del mundo cultural, complejo, entretelado, confluyente y divergente en tensión. Pero siempre en juego. Debiéndose el uno al otro. No son caminos distintos ni separados, de tal manera que la mentalidad diseña condiciones materiales de existencia, como también las condiciones y las prácticas materiales de existencia condicionan la cultura y lo que uno podría llamar la espiritualidad, entonces, se halla en medio de esa confluencia divergente y esa divergencia confluyente. Como la música que, siendo un fenómeno apasionante en la física, fluye por los ríos de las culturas y se dimensiona en la poética de lo sublime, de la obra singular, pero unida al tejido de la común cultura humana.

Entonces Jacques Le Goff tuvo el tamaño suficiente como historiador para tejer lo que yo llamaría: un sentido humano de la historia en la perspectiva de lo complejo de la textura cultural. Saber transitar allí no es para nada fácil. ¿Cuál es el sentido humano de la historia en Jacques Le Goff? Que cuerpo, espíritu, economía, religión, mundo funcional y pragmático y sentido creativo y cultural, forman parte de dimensiones compartidas que sólo es posible comprenderlas en esa complejidad. Por lo tanto, es necesario respetar las condiciones materiales de existencia como también respetar las convicciones culturales de existencia.

El marxismo de Jacques Le Goff, que militó de una forma siempre crítica, nunca fue un marxismo de catecismo, sino amplio y de respeto frente a la cultura y al mundo espiritual, su gran obra, creo yo, que representa este esfuerzo es *El nacimiento del purgatorio*; todas las otras obras, trascendentes, por cierto, siguen ese logro. Las condiciones prácticas, somáticas y económicas, gestuales e ideológicas, protocolares y retóricas, etc. transforman la ideologías vitales y las representaciones ideológicas y espirituales, pero, al mismo tiempo, las espiritualidades y las representaciones, los planteamientos de las filosofías de vida y las ideologías legitimadoras pueden cambiar las prácticas económicas y los diseños de los mundos materiales en sus posibilidades de cultura (la transformación de la naturaleza, por ejemplo, que tan bien sigue Duby en *San Bernardo y el Arte Cisterciense*). Ahí está el camino de Le Goff, notable, el considerar al hombre

como un ser integro, siempre en crisis pero en esa integridad de ser materia, cultura y espíritu. Tener los pies instalados en el barro, saber caminar en el barro de la historia, y tener la mirada en alguna montaña, nos sirve para caminar en el bosque, sendero siempre sorpresivo y ondulante. La más cercana e las montañas o la más lejana. La más oscura o la más refulgente

La historia se hace, como decía el gran Giovanni Papini. La historia no existe sin asumir los crímenes y las santidades humanas. La historia no existe sin la bajeza humana, horrorosa, pero tampoco la historia existe sin tener la parte de dignidad humana liberada hasta lo sublime y lo espiritual. La última obra de *San Francisco* de Le Goff, dice mucho de esto. La reconsideración de un mundo que permita hacer convivir naturaleza y espíritu libertario. Seamos capaces de mirar lo que esa experiencia de la historia nos permite también comprender para hoy. Las alternativas posibles que la historia de un mundo pasado nos permita hacer, de este mundo, una residencia digna en lo material y sublime en su poética.

Le Goff, para mí, traduce lo que sería el equilibrio entre el estudio material de la historia en respeto a la condición cultural hacia esa dimensión simbólico-poética de residencia. Le Goff falleció: no creo en la noticia triste de su muerte que apareció en los circuitos. Tengo una opinión desde lo normal hasta lo optimista de la muerte. Me recordó la muerte de don Héctor; en el caso de él, quizás temprana. ¿Cuál es la magnitud de nuestra vida? Cada ser humano tiene su momento, o de liberarse o de estar libre o de integrarse a otra realidad, no sé cómo decirlo, ¿quién puede? Todos estos maestros: aquellos de los libros y escrituras (Le Goff) aquellos de las voces (Don Héctor) nos dejan una herencia y muchas tareas. La muerte, entonces, la muerte de Jacques Le Goff no fue una interrupción, fue una coronación de su vida ¿Por qué te digo esto? ¿Por qué me metí en este problema? A propósito de lo que hemos hablado en esta entrevista, porque cuando muere don Héctor, uno podría haberse sentido huérfano. Pero somos parte de una historia común, de tradiciones, porque decir que ellos siguen viviendo en uno. No es un mero conformismo. Sino una responsabilidad. A Le Goff sólo lo conocí en hojas impresas, algunas fotografías. A mi maestro en lo cotidiano. No obstante hay un sentido de solidaridad con ellos. Detrás de ellos otros: Juan Gómez Millas, Olga Poblete, Mario Góngora. Los maestros de Le Goff, desconocidos para nosotros (Henri Michel, Perrin, Lombard). Entonces, el oficio y la

herencia es responsabilidad y tarea. Entonces Le Goff no es sólo libros. No es sólo “bibliografía”. Es autor y persona. Es camino. Así, sentí la vinculación con la Universidad: comunidades de maestros y aprendices en un taller común. Jacques Le Goff venía a ser uno lejano, muy lejano, pero al fin y al cabo un referente, una de esas montañas. Así don Héctor Herrera en su generosa cotidianeidad, siempre celebrativa, festiva. La Universidad como fiesta y no como producción laboral. Sería una ingratitud llorar por su ausencia, porque en rigor no dejó ausencia, sino presencia, tarea y responsabilidad. ¡Dura tarea hoy! En Jacques Le Goff sería lo mismo, nos dejó lo que nos dejó y lo que hemos alcanzado a revisar: una tremenda obra, una inmensa obra para seguir pensando, reflexionando y construyendo este precioso modo de residir que es la Universidad y que tan lejos está hoy de aquella matriz de los '50 y '60. Hace tiempo ya que la Universidad fue sitiada y ocupada. En un comienzo, brutalmente, hoy vulgarmente, esto significa: sin respeto. Nuestro espacio de decisión ya está en otra parte. Seguimos directrices ciegas, productivas, competitivas, estandarizadas. Hay que buscar, entonces, el fuego de vivac para reconstruir la comunidad, en su libertad originaria, su autonomía y su sentido de festividad.

Estamos en deuda con la tarea debida. Esto también es espiritualidad. Volvamos a su pregunta: leyendo *La Bolsa y la Vida* de Jacques Le Goff nos podemos dar cuenta del comienzo de un proceso histórico que comenzó en esa Edad Media. Cuando el espíritu se comenzó a volcar hacia la bolsa. Los franciscanos, algunos de ellos, se dieron cuenta de esto y llamaron la atención. Ello produjo, naturalmente, lo que hoy se llama el “progreso”, de las producciones, los objetos, los modos de vivir, pensar y sentir que también llamó la atención a Le Goff. Pero nos invadió la vida y aquella espiritualidad que reclama libertad y autonomía de lo meramente funcional y utilitario. Nuestra vida universitaria ingresó a la bolsa y nuestra vida quedó afectada. Estamos en esto. Entonces, es posible que para salir de esto se requiera espíritu humano, pero no ese espíritu que cae del cielo, sino aquel que se levanta desde el suelo. La más valiosa de las espiritualidades, aquella que se levanta desde el camino en el bosque o en el desierto actual.

Septiembre de 2014

Santiago – Chile